

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 16 DE ABRIL DE 1888→

NÚM. 329

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El hombre de Estado*, por don Emilio Castelar. — *Semblanzas literarias contemporáneas*, por don Octavio Loís. — *Fantastas contemporáneas*, por don Eduardo de Palacio. — *Recreaciones científicas.*

GRABADOS. — *Bendición de las obras en el Palacio de la Industria.* — *Los periquitos*, cuadro de María Laur. — *Pescadores sorprendidos por la tormenta en el lago de Chiem*, cuadro de José Wopfner. — *Un ser feliz*, cuadro de Schlabit. — *Un almuerzo de familia en el Harém del Cairo*, cuadro de Bridgman. — *El circo taurino.* — *Suerte de varas*, dibujo de R. J. Contell, reproducido fotográficamente. — *El mayor electro-ímán del mundo*, experimento realizado en Villet's Point (Estados Unidos) copia de una fotografía. — *San Francisco de Assis*, estatua de Francisco Morales González, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Granada. — *El palacio de hielo del Aquarium de San Petersburgo*, copia del de 1740. — *La perinola de inducción.* — *Suplemento Artístico: Tileres en el convento*, cuadro de E. Blaas.

NUESTROS GRABADOS

La bendición de las obras en el Palacio de la Industria

El domingo 1.º de abril tuvo lugar esta ceremonia, á la cual el Prelado de la Diócesis, de concierto con el Ayuntamiento, revistió de la solemnidad que la Iglesia imprime á tales actos. El obispo, asistido del Cabildo Catedral, revestido de pontifical riquísimo y sus asistentes de relucientes capas pluviales, bendijo á la una de la tarde los trabajos ejecutados y rogó á Dios por la prosperidad de la Exposición barcelonesa. Asistieron al acto las autoridades, cónsules extranjeros, vocales de la Junta con el Sr. Comisario regio al frente, corporaciones, representantes de la prensa y los demás invitados oficiales de costumbre en esta clase de ceremonias.

A pesar de todo, el acto tuvo poca resonancia, quizás porque el mismo atraso de las obras bendecidas hace que el público no se ocupe todavía con grande interés de lo que sucede en el interior de unos

edificios que contendrán toda una Exposición Universal dentro de pocos meses; pero que hoy por hoy no pasan de ser una obra en curso de ejecución.

LOS PERIQUITOS, cuadro de María Laur

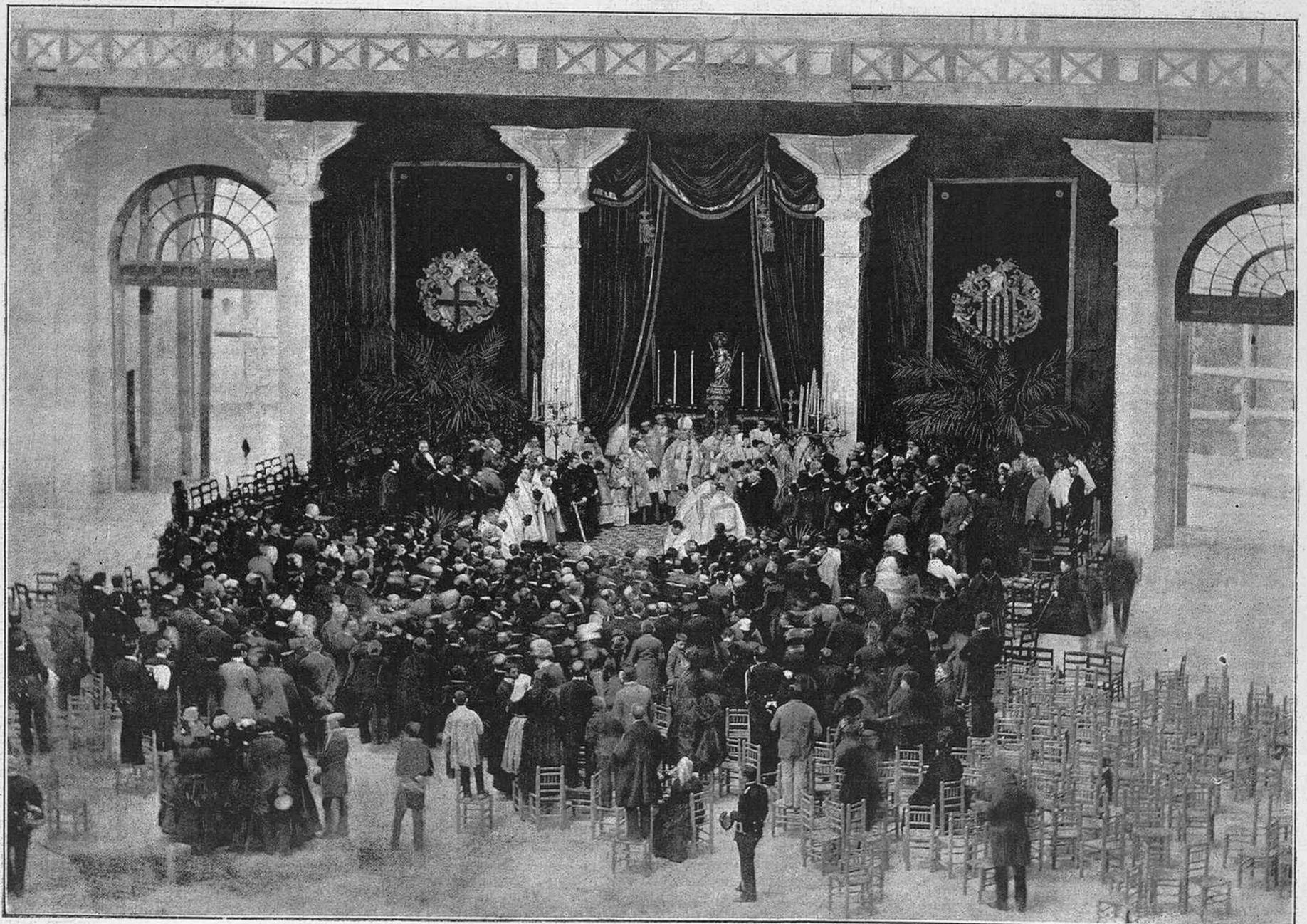
Conozco esos hermosos pájaros, los he tenido años enteros en mi compañía, me he solazado contemplando sus hermosos colores verde, negro y blanco, y he sido testigo de las caricias que se prodigan, dignas del nombre de *inseparables* con que son conocidos, por más que la experiencia me ha demostrado no ser exacto. A los periquitos puede aplicarse, como á los hombres, lo de: *A muertos y á vivos...*

La autora los tiene bien estudiados: este cuadro pudiera estar firmado por Giacomelli.

Pescadores sorprendidos por la tormenta en el lago de Chiem.—Cuadro de José Wopfner

¡Cuán poético es el lago de Chiem, el mar bávaro como se le llama en el país, y cuán pintorescamente lame los enhiestos Alpes!

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



LA BENDICION DE LAS OBRAS EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos.)

Lo cual no quita que algunas veces la tempestad agite sus románticas aguas y que el encantador idilio termine en tragedia. La abundante y sabrosa pesca que de él se retira proporciona el alimento necesario a los habitantes de sus orillas e islas, y todo sería apacible junto al lago de Chiem sin las pesadas bromas que hemos dicho permitirse con los pescadores. Los de nuestro grabado, sin embargo, no parecen dar gran importancia al temporal, según la tranquilidad de la valiente remera de a bordo. Quizás los ojos de esa muchacha sean más peligrosos que los efectos de las olas; hay corazones mucho menos resistentes que la más frágil barquilla.

UN SER FELIZ, cuadro de Schlabit

¿Quién dijo que la felicidad consiste en la riqueza? He ahí, en nuestro grabado, un tipo que desmiente esta falsa opinión.

Sin más patrimonio que la tranquilidad de su conciencia, sin otros bienes que el forraje penosamente recogido y hacinado en pesada cesta, olvidado del ayer, tranquilo respecto de hoy y sin preocuparse del mañana, calzado con gruesos zuecos, pobremente vestido y sin duda no muy opíparamente alimentado, risueño el semblante y metidas las manos en los bolsillos como quien está seguro que no ha de caerle de ellos ninguna moneda de cinco duros; parece nuestro joven burlarse de las grandes preocupaciones de la humanidad y decir para sus adentros: — El mundo es mío... ¿Quién más feliz que yo!

Y así es la pura verdad. ¿Cuántos Cresos estarán privados de ver reproducidos en los tallados espejos venecianos de sus salones, el contento, la satisfacción, la felicidad que a ese hijo del bosque le será dado contemplar con solo inclinarse sobre el límpido arroyo, en cuyas frescas aguas apagará su sed!...

A la vista de ese lienzo, dice el más sábarita: — ¿Será verdad que el hombre verdaderamente dichoso no tiene camisa?...

Un almuerzo de familia en el Harém del Cairo, cuadro de Bridgman

Pocos asuntos han dado lugar á tan fantásticas descripciones como el asunto del harém oriental. Poetas y pintores han querido rasgar el velo que oculta á los curiosos los secretos de ese pretendido palacio de la voluptuosidad, que en definitiva resulta ser, á lo que parece, un centro de discordias mujeres y de intrigas palaciegas. La legión de eunuocos feroces que velan á la puerta de esos lugares se interpone entre la realidad del serrallo y las miradas de los curiosos; pero estos no quieren darse por vencidos y de aquí la reproducción hasta lo infinito de escenas que probablemente sólo han tenido lugar en la mente del artista.

El que acomete, como Bridgman, la pintura de una de esas escenas, basa su obra en datos y cálculos de simple probabilidad y no es poco conseguir si los antecedentes adquiridos dan lugar á un cuadro en que la verdad sea igualmente probable. Esto es lo presumible en la obra que reproducimos y que representa un almuerzo de familia en el harém del Cairo. La composición es agradable y en sus detalles revela que el autor está bien enterado de las costumbres que pinta. La incómoda mesa y los no menos incómodos asientos que parecen dispuestos para una familia de liliputienses, el pedazo de pan y el cántaro de agua correspondientes á cada comensal, el aventador con que la sierva espanta á los mosquitos, tan abundantes en esas regiones, la esclava que sirve, el eunuco que espía y guarda; todo demuestra que el artista, á falta de ver lo que ha pintado, ha procurado enterarse de ello concienzudamente.

Las comidas orientales son más que sobrias entre las clases inferiores; pero las gentes ricas se hacen servir muchos platos sin orden ni concierto. Las mujeres del Serrallo, por lo mismo que nada tienen que hacer, son bastante dadas á la gula, y á esto y á la falta de ejercicio se debe la obesidad que desde jóvenes las caracteriza y que en esos países es tenida como el complemento de la belleza.

EL CIRCO TAURINO, dibujo de R. J. Contell

El espectáculo nacional ha dado mucho que hacer á dibujantes y pintores, y no hay que decir, por tanto, cuánto malo y cuánto bueno se ha producido en esta clase de asuntos. Los extranjeros, que nos califican de bárbaros porque lidiamos toros, lo cual no impide que soliciten con empeño los más caros tablancillos de la contrabarrera, son los primeros adquirentes de esos cuadros. En el de Contell las figuras de los lidiadores están bien trazadas individualmente, pero en su conjunto adolecen de cierta igualdad monótona, hija principalmente de la suerte que tiene lugar en el redondel. En los tendidos ha empleado el artista manchas de colores vivos y variados con habilidad suma, pues ha conseguido dar una idea de la abigarrada multitud que los puebla y del movimiento que reina en estos espectáculos.

EL MAYOR ELECTRO-IMÁN DEL MUNDO

En la Escuela de aplicación de Willett's Point, cerca de Nueva-York, se ha hecho un curioso experimento de electro-magnetismo bajo la dirección del mayor del cuerpo de ingenieros, comandante de la escuela W. R. King.

Hace algunos meses, un oficial del ejército americano, que tenía á su disposición dos cañones viejos, tuvo la idea de liar á cada uno de ellos un rollo de alambre telegráfico, y unir las recámaras por medio de ruedas inservibles, realizando así á poca costa un fenómeno electro-magnético como no se había visto hasta ahora. Cada cañón pesaba 23,000 kilogramos y se le arrollaron seis kilogramos de alambre conductor: la corriente le fué suministrada por un dinamo de 35 caballos, que sirve ordinariamente para el alumbrado eléctrico.

La fuerza de atracción de este aparato medida en el dinamómetro no es menor de 9,000 kilogramos: tiene suspendida una fila de cuatro balas de 150 kilogramos cada una y si se acerca una caja llena de clavos, son estos atraídos á la distancia de algunos pasos y van como granizo á adherirse á los proyectiles.

Se ha observado también que el fluido magnético era repulsivo dentro del cañón, de manera que un fragmento de hierro dulce colocado en el ánima, es proyectado primero hacia fuera y luego vuelve á adherirse á las paredes de la boca.

La afición de los americanos á todo lo grande se ha probado otra vez más en este experimento verdaderamente colosal.

SAN FRANCISCO DE ASSIS

estatua de Francisco Morales González

Profesor de la Escuela de Bellas Artes de Granada

Para apreciar en todo lo que vale esta preciosa obra escultórica, para estimar debidamente la feliz reproducción de ese tipo sublime de la humildad, la pobreza y el amor á la patria, es necesario tener en cuenta la historia del célebre fundador de los *Minoristas*, á quienes sus contemporáneos calificaron de amantes y paladines de los pobres.

Francisco Bernardone, natural de Assis, aldea italiana próxima á Perugia, tuvo una juventud muy borrascosa, tan borrascosa que en edad temprana dió con él en el cárcel, donde pudo filosofar á sus anchas sobre la caducidad de las cosas terrenas. Ocurrió esto á principios del siglo XIII: el joven disoluto salió de la prisión completamente transformado. Sus amigos de aventuras no acertaban á explicarse el cambio de Francisco.

— Oye, — le dijo uno de ellos, — ¿será que piensas en casarte?

— Mucho que sí, — contestó el futuro santo, — y la esposa que he escogido es de tal naturaleza que no existe otra más noble, más rica, ni más hermosa.

La esposa escogida por Francisco era la pobreza. El célebre Giotto ha inmortalizado en un fresco las bodas místicas de Francisco.

Desde aquel punto empezó para el joven una vida tan extremadamente distinta de la anterior, que ni él mismo comprendía los impulsos de su ánimo, hasta que tropezó con aquel precepto evangélico que dice: «No contenga vuestra bolsa oro, ni plata, ni moneda de ninguna clase, ni os proveáis de saco, ni de vestiduras, ni de zapatos, ni de bastón siquiera.»

Insiguiendo esta máxima, vistió su cuerpo con la grosera túnica gris de los labradores de los Apeninos, ciñóse la con una áspera cuerda, calzó unas toscas sandalias y sin apoyarse siquiera en un cayado, emprendió su peregrinación por Italia, predicando la buena nueva y obteniendo en todas partes tan óptimos frutos que, hoy por hoy, se le considera por algunos como el precursor de la idea político-social que, andando el tiempo, ha reconstituido la unidad italiana sobre los escombros de la Italia feudal.

Todo esto ha debido tener presente el profesor Morales en la interpretación de su San Francisco. Reune éste cuantas condiciones son de exigir: su demacrado rostro no está aún exento de la antigua belleza; su actitud fervorosa expresa perfectamente las sensaciones de su alma que se espacia por nuevos y más vastos horizontes; en su mirada, absorbida por la cruz, el misticismo del creyente no ha destruido por completo el fuego del patriota.

La estatua del Sr. González es digna de su reputación, muy legítimamente adquirida.

PALACIO DE HIELO EN SAN PETERSBURGO

Era en el año 1740 cuando M. A. Golitzin, bufón de la corte imperial rusa, tuvo la natural, pero en él tristísima ocurrencia, de unirse en matrimonio con Kalmuka Awdotja Bushaninow. La gente palatina se desternilló de risa considerando que un bufón se proponía hacer lo que un hombre, y la emperatriz Ana Ywanowna, interpretando los sentimientos de sus cortesanos, ordenó que se construyera con toda prisa y á toda costa un palacio de hielo para morada nupcial de la famosa pareja. Disposición tan inhumana tuvo cumplimiento, y los novios hubieron de pasar la noche de bodas en aquella helada mansión, cuyos centinelas habían recibido la bárbara consigna de impedir á todo trance la salida de Golitzin y de su esposa, que en vano imploraron piedad á unos soldados, cuyo corazón era de igual materia que las paredes del palacio de hielo.

Los planos y dibujos de esa rara construcción han sido recientemente descubiertos por el arquitecto de Moscú Alejandrow, y ateniéndose á ellos se ha construido, durante el último invierno, el palacio cuyo aspecto y detalles reproduce nuestro grabado, sin que, en el edificio ni en sus accesorios, haya entrado otro material que el hielo, incluidas estatuas, cañones, muebles, en una palabra, el continente y el contenido. Los testigos de vista aseguran que no cabe decoración tan espléndida y fantástica como la de ese palacio, alumbrado por luces de bengala y poderosos focos de electricidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

TÍTERES EN EL CONVENTO, cuadro de E. Blaas

El autor de este lienzo, hijo de un profesor vienés, es el pintor predilecto de la aristocracia y de las damas venecianas. Su cuadro de los títeres está perfectamente concebido y ejecutado, siendo su alcance artístico superior á lo superficial del asunto. Las representaciones de esos primitivos *fantoches* revisten siempre la misma forma; su argumento es inalterable: Polichinella es un pícaro redomado que maltrata á su mujer y á sus hijos, rompe la cabeza á su suegra y da de palos al juez y á los alguaciles; hasta que viene la muerte, da cuenta de él y el diablo se encarga de cambiarle de domicilio.

Este asunto, sin dejar de tener aquella moralidad que inspiró la primitiva leyenda de D. Juan Tenorio, produce distintas sensaciones entre las educandas del convento, desde la risa, la sorpresa y el espanto en las menores, hasta el más absoluto fastidio en las casaderas. Esta difícil gradación de impresiones la ha obtenido Blaas por completo, y su obra, expuesta en la *Mostra nazionale* de Venecia, mereció á su autor el unánime aplauso del público y los mayores elogios de la crítica.

EL HOMBRE DE ESTADO (1)

POR DON EMILIO CASTELAR

He ahí uno de los tipos, que más en el mundo cambian y que toman aspectos más varios de las circunstancias y demás medios ambientes, en que nacen y crecen. Un filósofo puede aparecer como ideal abstracción, fuera casi del tiempo y del espacio, sin atención á lo que ocurre á su alrededor; entregado, como sacerdote de lo infinito y de lo eterno, á la contemplación mística del puro é incondicionado pensamiento. Pero el político nace para cumplir sus ideas ó las ideas de otro, realizándolas en breve período de tiempo y conteniéndolas dentro de las estrechas fronteras de un limitado espacio. Por consiguiente, su ministerio nace de necesidades circunstanciales y va derecho á la realidad impura y concreta, como necesitado de apreciar, más que los ideales purísimos, lo eventual y transitorio.

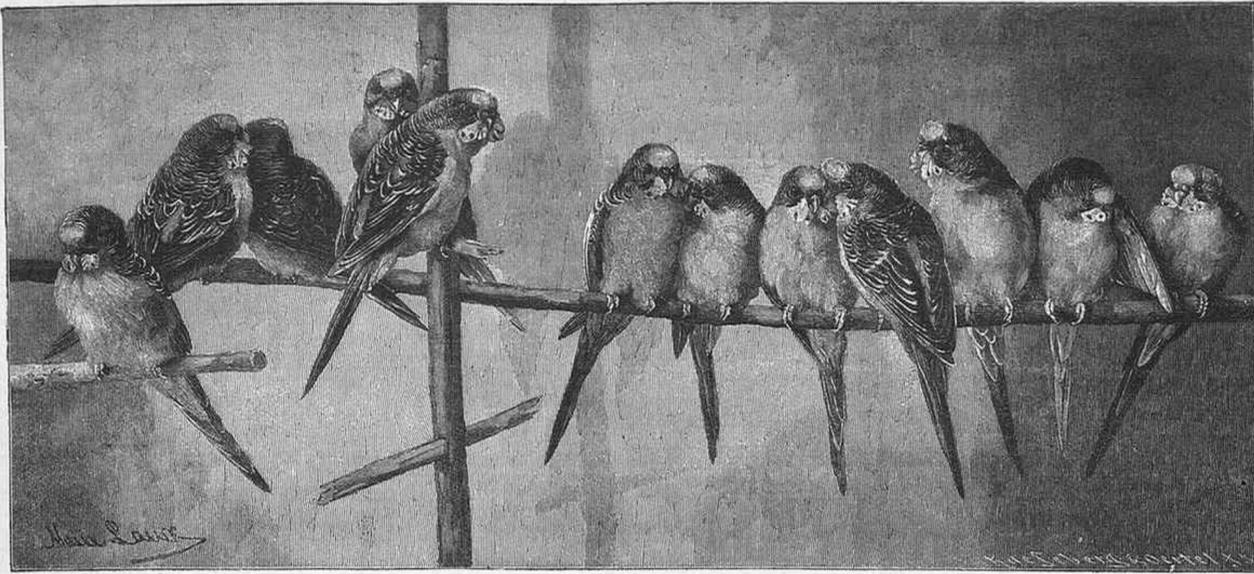
Con solo mirar el mundo y la vida, encontráis en ella tipos correspondientes á la oposición natural entre los estadistas y los filósofos: teoría los unos y práctica y realidad los otros. Por regla general, todo matemático sobresaliente en cálculos abstractos no aplica estos cálculos á la realidad y no resulta en la vida ni un gran mecánico ni un excelente ingeniero. El hombre mayor en las ciencias físico-matemáticas, el que supo deducir de la caída de una manzana verdades tan profundas como exactas, el que dió el binomio y averiguó la gravedad universal, Newton, cuyo entendimiento no tropezaba con ningún misterio en la inmensidad de los espacios, tropezaba, nervioso y tímido, amedrentándose y retrocediendo, con cualquier objeto en la realidad concreta de la vida. Yo he visto muchos médicos sabedores de las más altas teorías, que han estudiado el organismo nuestro y los humores por el organismo derramados, hasta el extremo de convertir la fisiología, con los milagros de su observación prolija, en una ciencia casi exacta; yo los he visto desconocer por completo, ante una enfermedad á veces ligera, el remedio y aun el diagnóstico por los médicos más romancistas conocidos y apreciados, en virtud de una larga é instructiva experiencia. El hombre de estado, pues, se

(1) Pertenece este artículo á la obra publicada por el editor D. Juan Pons, que se titula: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos*.

parece al médico práctico que conoce las enfermedades sociales por los experimentos diarios y no por los estudios científicos.

¿Quiere decir esto que deban despreciar y desconocer los estadistas las teorías puras y las ciencias abstractas? De ninguna suerte. Casualmente, si hay profesión que pida universalidad de conocimientos y riqueza de ideas, es la profesión de dirigir los pueblos y de organizar los estados. Quien personifica y encabeza una sociedad en cierto período de tiempo, ha de conocer en su conjunto las necesidades sociales; y para conocerlas, ha de estudiarlas en las más opuestas y á veces más contradictorias ciencias. La sociedad, abreviado universo, tiene algo de la riqueza infinita y de la variedad múltiple que tiene la naturaleza. Elevádoos un poco á las alturas, descubriréis junto á las cúpulas que parecen oraciones condensadas, las chimeneas despidiendo el humo de la hulla que significa y representa el trabajo moderno; junto al cuartel donde las armas resuenan y los caballos de combate relinchan, las dehesas donde abre á la vida los surcos de la tierra el arado y muge uncido á la yunta el buey, mientras la paloma doméstica descende al bebedero y canta en los corrales el gallo madrugador; junto á las obras de arte, creaciones ideales de la divina inspiración que acerca lo invisible al mundo y puebla de rosas místicas y de ángeles increados las tristes asperezas de nuestra vida, las cotizaciones, los valores, los cambios, la bolsa llena de afanados agentes, el bufete de los cálculos, el mostrador de las ventas, el mercado de las transacciones; junto á la universidad que despide y exhala ideas, y la sapientísima academia que parece un senado de patricios espirituales ¡ay! la ignorancia del pobre pueblo, la zahurda del gitano maldito, la taberna de la embriaguez embrutecedora, los antros donde se olvida la conciencia y se aprende el crimen: contradicciones, que obligan al estadista con prepotencia obligada á conocer desde los ideales del arte hasta los trabajos de la industria; desde los movimientos de los espíritus hasta los movimientos de los intereses; desde las escuelas, donde las nuevas inteligencias amanecen, hasta los presidios donde los criminales se pudren; desde las plegarias de la religión hasta los afanes de la bolsa; cuyos conocimientos, necesarios y saludables, respondiendo á nuestra doble naturaleza, ó no han de tener valor, ó han de participar de la idealidad y de la realidad para servir así á la ciencia pura como á la impura vida, en la precisión de atender á las inmanentes aspiraciones y á los fines transitorios de una sociedad y de una época.

Nada cambia tanto como el estadista. Los filósofos de los tiempos pasados se parecen á los filósofos de los tiempos presentes, como una gota de agua á otra gota de agua. Hombres de reflexión y estudio, dados á escribir y hablar, necesitan para sus meditaciones de cierta reclusión monástica, y para su apostolado y propaganda necesitan de sus discípulos, que forman el organismo conocido con el nombre de escuela, es decir, el cuerpo de la filosofía. Los dos tipos de la idea inmanente y de la idea trascendente, que Rafael trazó con su creadora mano en las estancias vaticanas, responden á una con sus sendos aspectos, varios y contradictorios; sacerdotal, como el idealismo, uno, y joven y robusto, como el naturalismo, otro, al concepto fundamental de los dos sistemas, el de la inmanencia y el de la trascendencia, que todavía se disputan, á guisa de contradicción irreductible, la autoridad y el dominio sobre los eternos senos del humano espíritu. Pero ¿cómo cambian los hombres de estado! Comparad á los primeros de la historia con los últimos, comparad á Moisés con Bismarck; y advertiréis la diferencia; mientras apenas advertiréis diferencia ninguna, si comparáis á Kant con Platón. Sacó Moisés á los israelitas del cautiverio de Egipto y sacó Bismarck á los alemanes del cautiverio de Austria; fundó aquél con un pueblo nuevo una nueva sociedad civil, y fundó éste con un pueblo viejo una nueva sociedad política. Dado el tiempo de una y otra obra, se da la razón de la diferencia esencial entre ambos extraordinarios estadistas. Todo en Moisés leyenda y religión, todo en Bismarck política y cálculo. El jefe de los hijos de Israel nace, como todos los redentores de pueblos, en la esclavitud y en la desgracia; su pobre madre lo confía, desesperada por haber parido un esclavo, al río de los misterios, en cuyas orillas, lejos de topar con las fauces del voraz cocodrilo, que se lo traguen y devoren, topa con el corazón de misericordiosas mujeres que lo salvan y lo educan. Desde tal hora todo es sobrenatural y milagroso en la vida legendaria de aquel hombre. Los mares se abren para dar paso enjuto á Israel y se cierran para sumergir á los perseguidores de Israel; las nubes del cielo se convierten por la noche oscura y callada en columnas de fuego y las piedras y las arenas del estéril desierto en pedazos de pan; las zarzas del Oreb arden, las cimas del Sinaí relampaguean y truenan, las áridas peñas fluyen, los ángeles celestiales bajan, la voz divina retumba: que todo eso y mucho más es necesario para fundar una sociedad en la infancia del género humano y de los comienzos y albores de la humana historia. Cambia por completo, la misma obra y el obrero mismo en nuestro siglo. Aunque Bismarck tiene algo de la leyenda militar por el casco puntiagudo que ciñe su cabeza, y algo de la leyenda religiosa por la Biblia protestante que lleva bajo su brazo, no le creáis capaz de apelar al milagro, ni de creer que, á la vuelta de cualquier encrucijada tocará abismos dispuestos á tragarse de un bostezo á sus enemigos, ni zarzas ardientes iluminadas para revelar un código cualquiera. La idea positiva y de antemano calculada es todo su numen; la fuerza de un ejército disciplinado y numeroso, toda su confianza; la naturaleza



LOS PERIQUITOS, cuadro de María Laur

implacable produciendo y devorando seres sin descanso, toda su escuela y su gran maestra; la indiferencia por los medios conducentes al triunfo toda su moral; la razón práctica toda su política; la experiencia todo su criterio; el fusil aguja todo su milagro; y su Dios un férreo emperador, caballero en cabalgadura, que sin tener gran cosa de apocalíptica, podría en humana sangre bañarse y romper con sus herraduras que han destrozado tantos cráneos, múltiples y vividores mundos.

A cada edad del planeta corresponde un hombre de estado diverso. No podría dominar las sociedades asiáticas quien careciese de comunicación directa y manifiesta con el cielo. Todos los gobernadores y regidores de pueblos primitivos son hijos ó parientes ó privados ó ministros de los antiguos dioses. El indio, identificado con la naturaleza, entrégase al español, porque confunde, sin poderlo remediar, en su ignorancia, el jinete con el caballo y los cree un monstruo mitológico; la previsión de los eclipses con la profecía religiosa y las cree un divino privilegio; los tiros del arcabuz con los rayos del cielo y los cree un elemento celeste y una fuerza de la naturaleza en manos de hombres mayores que sus dioses.

En cuanto salís del Oriente y entráis en Occidente, la naturaleza de los hombres de estado cambia, como cambian la misma naturaleza material y el eterno tiempo. En el Asia Menor, los estadistas son ya reyes más que sacerdotes, como los dioses, á su vez, hombres más que fuerzas del universo. Y cuando los mares se tranquilizan y serenan, los golfos y ensenadas se abren como senos amigos y amantes brazos; las islas surgen coronadas de florestas como las ne-reidas coronadas de nácares; los dioses toman, bajo el cincel de los escultores, la forma humana perfecta; los juegos olímpicos llenos de cítaras y de odas, suceden á los sacrificios humanos llenos de sangre; entre largos intercolumnios, á la puerta en los templos armoniosos, sobre la cincelada tribuna de las asambleas republicanas, el hombre de estado aparece como un artista y como un héroe, que se ha sentado en las escuelas de Sócrates, que ha esgrimido una espada digna de fulgurar en Platea, que ha hablado con la elocuencia propia de la divina Agora, y que domina, con su cabeza cubierta del casco áureo, envidiado de Minerva por haberlo esculpido Fidias, á los enemigos en los campos de laureles, y á los oradores en las competencias de Atenas.

Cuando una clase domina en cualquier estado, el don de la política se refugia en ella, y los hombres más aptos para dirigir los públicos negocios á ella pertenecen. Así en la Roma de la república parlamentaria y aristocrática el hombre de estado, por regla general, está entre los senadores y los patricios. Escipión africano, que venció la prepotencia cartaginesa, no solamente por su táctica militar, sino también por su arte político; Fabio Máximo, en quien se compadecían y aunaban por igual valor y prudencia; Catón el viejo, que representaba la libertad privilegiada y tradicional, pertenecen todos al aristocrático patriciado, glorioso depositario de la tradicional ciencia política y del sentido verdaderamente romano. Luego, en el gran conflicto entre patricios, caballeros y plebeyos, es decir, entre la aristocracia, la clase media y el pueblo; todos los diversos partidos tuvieron grandes hombres, así en las armas como en las letras, pero no tuvieron grandes y preclaros estadistas. Ni los Gracos, tan semejantes á los tribunos atenienses; ni Mario, tan célebre por su valor como los primeros capitanes de los mejores tiempos; ni Sila, en su omnipotente dictadura; ni Cicerón, el orador extraordinario con su milagrosa palabra, lograron fundar el predominio de la clase por ellos defendida y representada sobre las demás clases sociales. Roto el equilibrio antiguo, irreconciliables los partidos que antes aparecían émulos y rivales, no adversarios y enemigos; el don de la política pasó á los conspiradores, empeñados en tramoyar terribles conjuraciones contra los comicios del pueblo y las asambleas del patriciado, para fundar una dictadura permanente con el triste y nefasto nombre de imperio.

Así la política romana se refugia en dos hombres extraordinarios, en César que funda y en Augusto que organiza la autoridad imperial. En el primero, junto á un genio militar de primer orden, brilla un genio político de primer orden también. La firmeza en los propósitos, la seguridad en los fines, el atrevimiento en las empresas, el disimulo cauteloso, la doblez hipócrita, la celeridad en los momentos supremos, la previsión de las contingencias futuras hacían de César el primero entre los generales del mundo. Tras de César vino Augusto, el taimado y protervo engañador. En él se personificaron todos los errores y todos los vicios conocidos en el mundo con el nombre de razón de estado. La mentira fué su Dios y el

disimulo su carácter. Por este sentimiento de sí mismo, al morirse, á la hora de su agonía postrera, convocó en torno de su lecho á sus cortesanos y viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo, como una cortesana, con artera sonrisa. Hipócrita, doble, astuto, falso, mentiroso, reveló á la posteridad y á la historia el juicio definitivo sobre sí mismo, que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de veras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunal, el consulado, la censura en una falsificación gigantesca, para que Roma pasara de la república á la tiranía sin advertir su paso; la vida de Augusto fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente, y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su profunda habilidad en la representación de aquella farsa. Como tiene Roma tal duración y permanencia en la vida y en las instituciones modernas, así como á la dictadura imperial le transmitió la denominación de cesarista y á las personas reales, á su vez, la denominación de augustas, ¡oh! transmitió la mentira, el dolo, el engaño, la falsía, la traición, el perjurio de Augusto como cualidades propias del hombre poseído por la dura é implacable divinidad antropófaga, que se llama la razón de estado.

Los hombres de tal temple han cambiado mucho porque han recibido el color, con que se presentan á la historia, de las múltiples y supremas circunstancias que los han rodeado. Unos han tomado la estatura colosal, que tienen hoy en el humano juicio, de una grande idea,

como los Antoninos, por ejemplo, los cuales pueden considerarse como el estoicismo coronado; otros, grandes por sí, llenos de pensamientos y de afectos generosos, como Juliano el Apóstata, han obtenido una inmerecida reprobación por haber opuesto su grandeza personal, como un dique á la impetuosa y benéfica corriente del progreso; pero todos han tomado la mayor parte de su grandeza personal del medio en que han vivido. ¡Cuántos grandes generales, pensadores ilustres, consumados políticos, hombres de ánimo valeroso, con muchas cualidades para personificar la razón de estado, como Septimio Severo, por ejemplo, se han tristemente hundido en el concepto de la posteridad por no haber contrastado la decadencia irremediable de su tiempo!

En el seno de las sociedades primitivas, el hombre de estado es un revelador ó un profeta. La teocracia personificará eternamente las sociedades recién nacidas con la imaginación muy despierta y la razón en germen. Así que las sociedades crecen, el sacerdocio pierde su poder político; y la autoridad civil se funda y establece. Tal sucede hasta en los pueblos más religiosos. Aquella tribu de Judá, verdadera teocracia en sus orígenes, cuando llega, por virtud de su desarrollo, á una relativa madurez, separa los reyes de los profetas, y constituye una monarquía hasta cierto punto civil y laica. En cumplimiento de tan excelsa ley dominan los papas y los obispos en los períodos bárbaro y feudal de la moderna historia. Y esto explica sencillamente la influencia de los pontífices romanos sobre las tribus germánicas; el poder de los prelatos católicos sobre los visigodos españoles; el pacto entre la Iglesia y Carlo-Magno, sobre cuyas bases, por tanto tiempo, descansa toda Europa; el genio avasallador de un Gregorio VII y de un Inocencio III, genio, cuyo esplendor desaparece y no vuelve, cuando los estados monárquicos surgen, las nacionalidades políticas nacen, los juriscultores predominan sobre los canonistas y los reyes sobre los señores, comenzando así nueva edad en los tiempos históricos y nuevas fases en el espíritu humano.

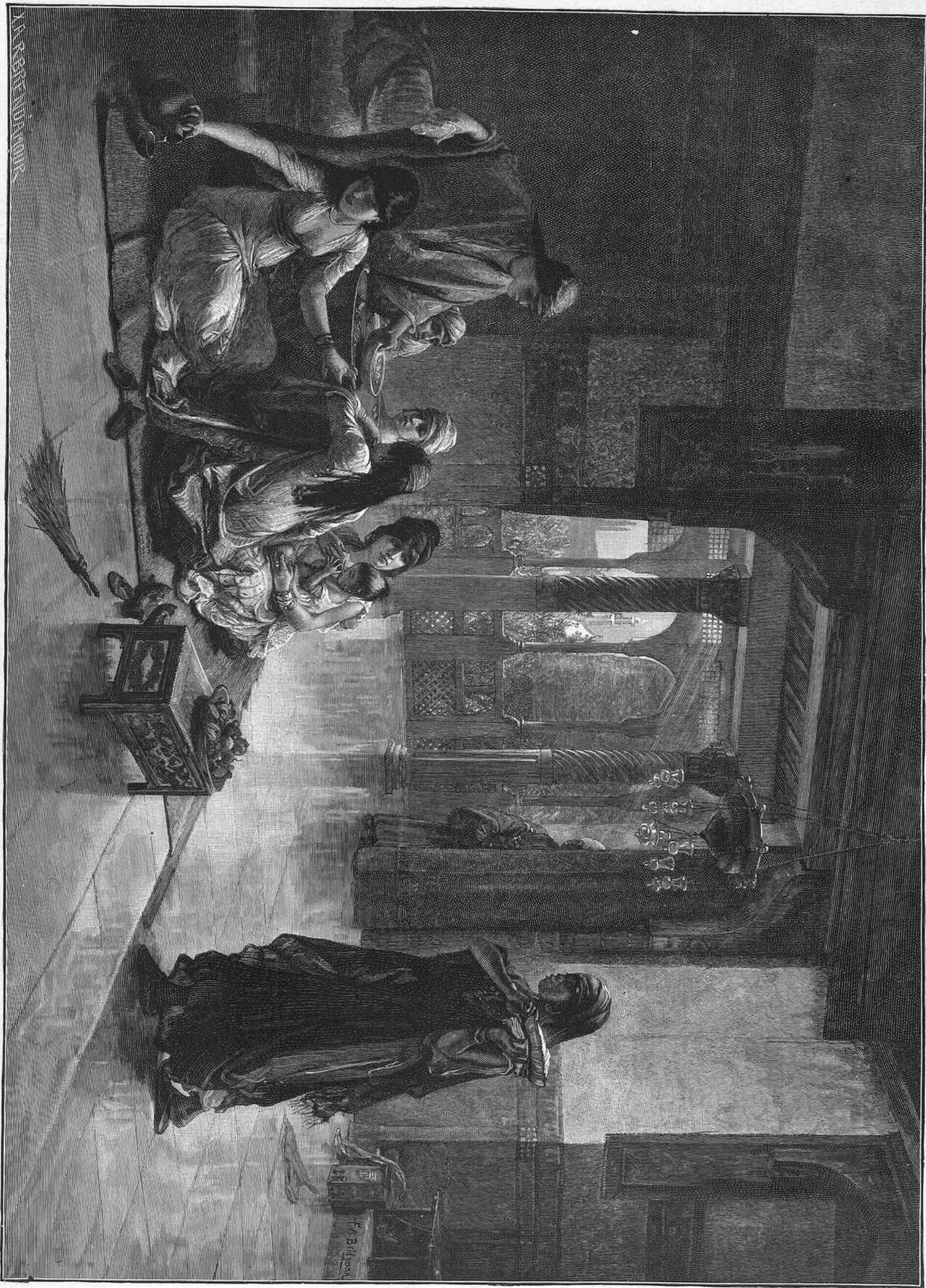
Sucede con los estadistas lo mismo que sucede con los oradores, escasean mucho en la historia. Entre tantos poetas y tantos filósofos perfectos en sus respectivas profesiones, como tiene Grecia, no cuenta nombre alguno de orador que poner junto al excelso nombre de su inmortal Demóstenes. Entre tantos juriscultores insignes y tantos primeros poetas, como tiene la colosal Roma, en la tribuna de los Rostros sólo se alza una estatua ca-



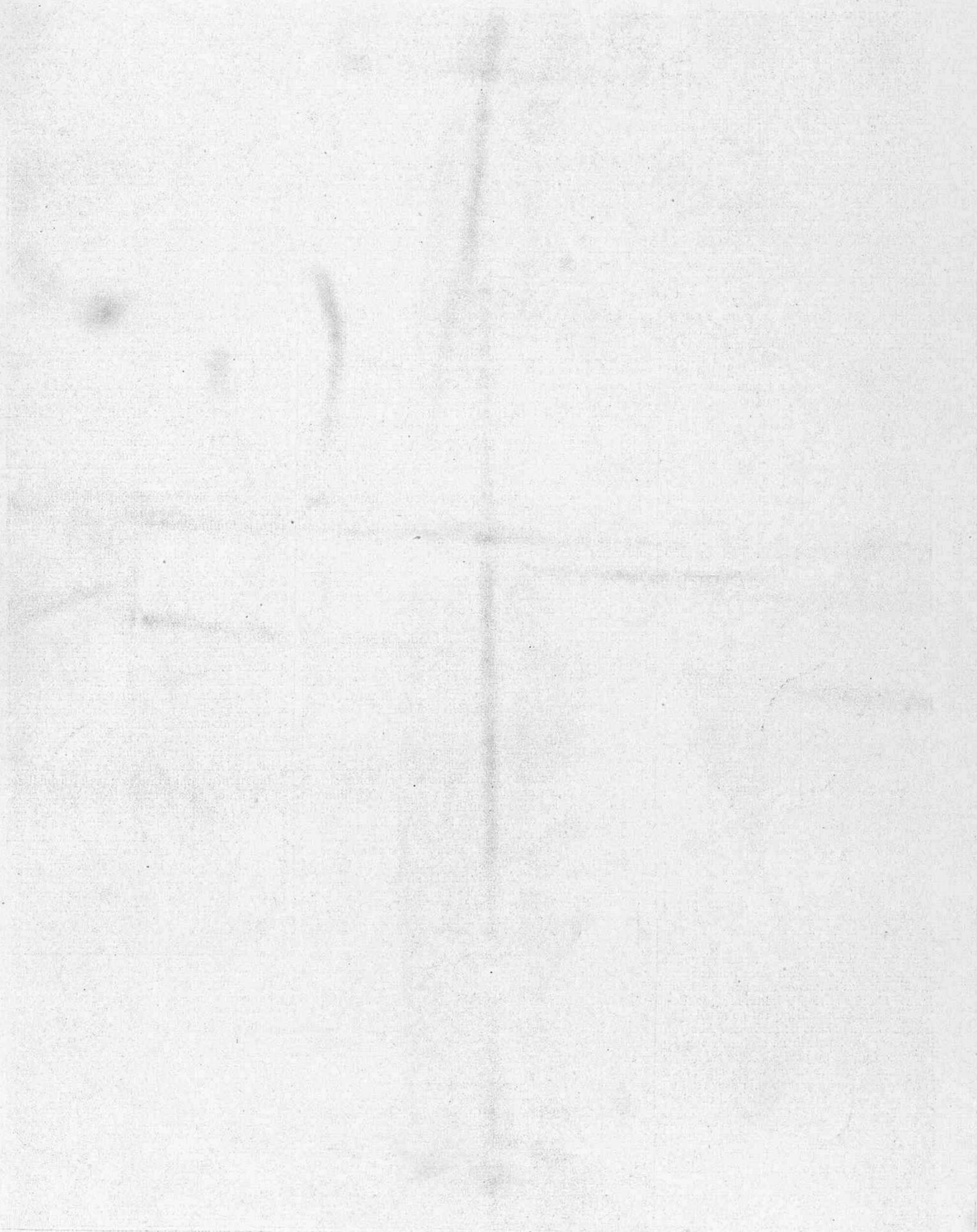
UN SER FELIZ, cuadro de Schlabit



PESCADORES SORPRENDIDOS POR LA TORMENTA EN EL LAGO DE CHIEM, cuadro de José Wopfner



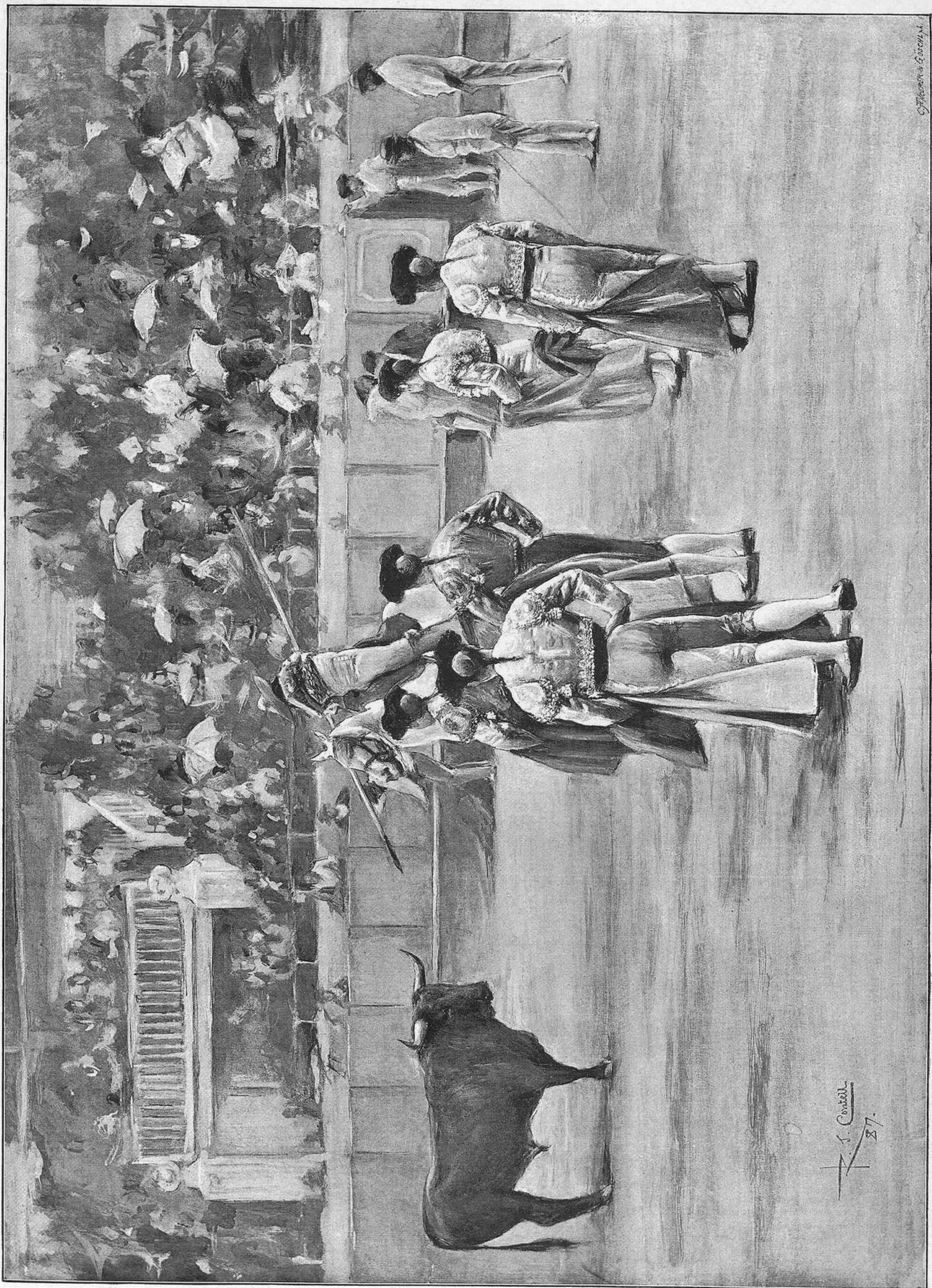
UN ALMUERZO DE FAMILIA EN EL HARÉM DEL CAIRO, cuadro de Bridgman



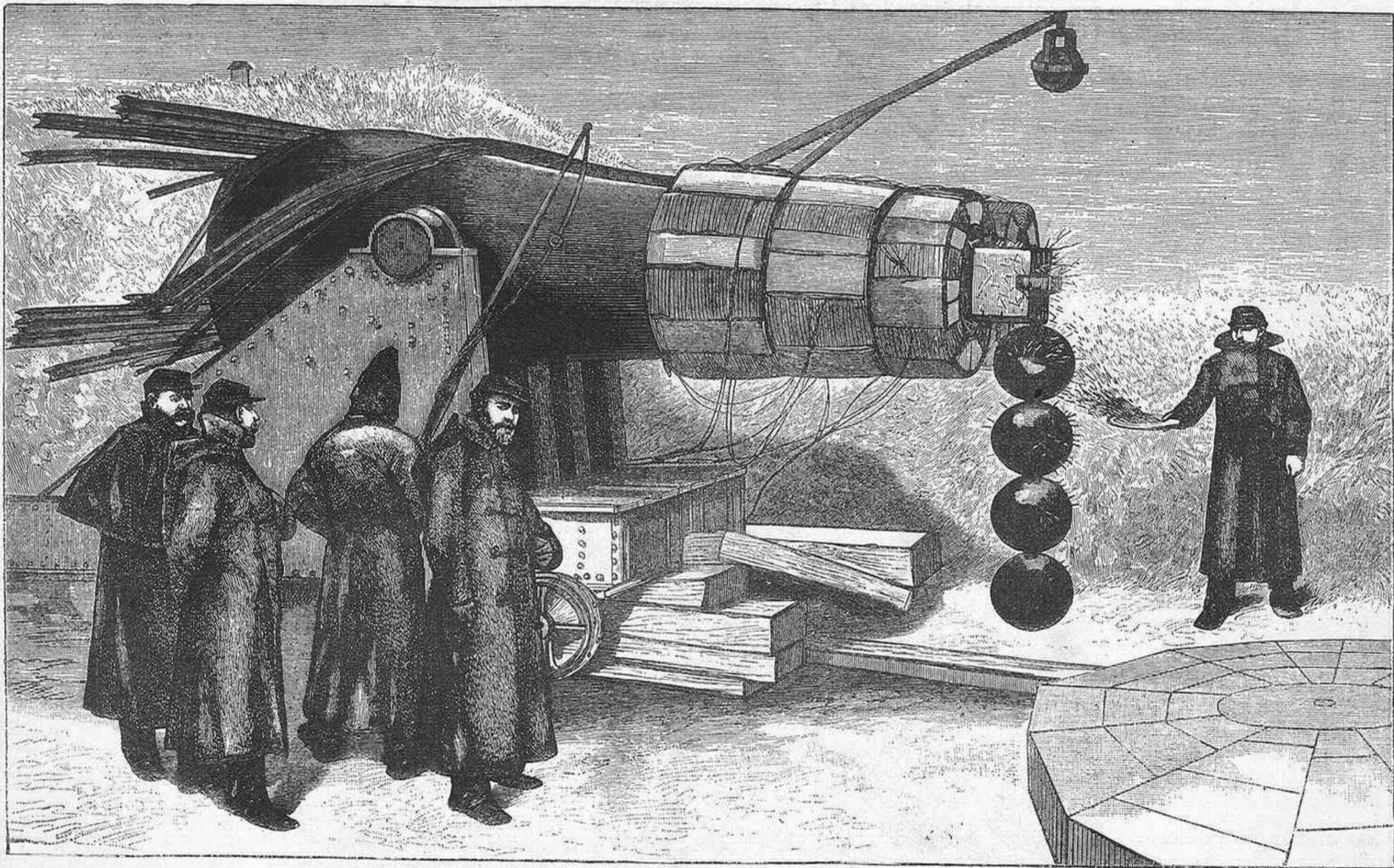
FOR OFFICIAL USE ONLY



LOS TÍTERES EN EL CONVENTO, CUADRO DE EUGENIO DE BLAAS



EL CIRCO TAURINO. - SUERTE DE VARA. - dibujo de R. J. Contell, reproducido fotográficamente



EL MAYOR ELECTRO-IMÁN DEL MUNDO,
experimento realizado en Villet's Point (Estados Unidos) copia de una fotografía

paz de coronarse con perdurables laureles, la estatua de Cicerón. Francia sólo tiene dos oradores que levantar á la grande altura de los oradores antiguos: en el siglo décimoséptimo, Bossuet; y en el siglo decimoctavo, Mirabeau. Una de las mayores y más preciadas riquezas morales de la Gran Bretaña se encierra en el número de sus oradores extraordinarios que apenas llegan á seis; y una de las esperanzas, que infunde á todos sus admiradores nuestra España, brota de la elocuencia incomparable que resuena en su magnífica tribuna. Presenta la historia mayor número de grandiosos estadistas que de grandiosos oradores, por una razón muy sencilla, porque los estadistas responden á necesidades más permanentes y apremiantes del humano linaje. Así la política moderna se ha forjado por una serie de hombres extraordinarios, á quienes el espíritu de su tiempo se les subiera por completo á la mente, concentrándose en ella como se concentra la etérea luz en los soles. Así que acaban los pontífices políticos, empiezan los reyes políticos también. Estos, en el período teocrático y feudal, no habían hecho más que servir á los papas y pelear con los nobles. A mediados del siglo decimotercio, la monarquía se despidió ostentadamente de la teocracia por medio de sus reyes santificados y beatos: San Fernando, San Luis, don Jaime el Conquistador, que ha hecho mayor número de milagros aun que los santos mismos. Pero, al finalizar el siglo decimotercio, é iniciarse, por el movimiento natural de los tiempos al movimiento natural de las ideas paralelo, el siglo decimocuarto, los reyes tienen que defender sus respectivas nacionalidades recién fundadas, y para defenderlas tienen que combatir la vieja tutela de la antigua teocracia. Por tal razón á los reyes predilectos de Roma suceden los reyes enemigos de Roma, en cambio brusco, que no se podría comprender, si de antemano y por anticipación, ¡ah! no se supiese que las ideas preceden á los hechos y á los hombres de estado los hombres de pensamiento. La gran protesta, que contra la unidad espiritual de Roma se inicia en el siglo duodécimo por la voz tonante de Abelardo, no llega, en verdad, á las instituciones, hasta fines del siglo decimotercio, y comienzos del decimocuarto, en que Pedro el Magno de Aragón recoge allá en Sicilia el guante de Coradino para con él abofetear al pontificado; y Felipe el Hermoso de Francia disuelve las órdenes monásticas más batalladoras y más adictas á la persona del papa; y Sancho el Bravo de Castilla se burla de las excomuniones pontificias como cualquier impío de nuestra edad racionalista.

Coinciden, pues, los hombres de estado en las naciones que tienen el mismo desarrollo en la historia universal y que consiguen igual poder en la civilización moderna. Una reacción feudal sucede á los esfuerzos de los grandes reyes que intentaron fundar la unidad de las naciones en la unidad de los estados; y esta reacción la combaten los reyes revolucionarios, Pedro de Portugal, Pedro de Castilla, Pedro de Aragón. Y cuando la revolución monárquica supera y vende á la reacción feudal, da

el reloj de los tiempos la hora suprema del establecimiento y organización de las grandes monarquías. Y por la sobra de malas artes y falta completa de escrúpulos; por la ausencia de toda fidelidad á la palabra empeñada y al juramento prestado; por la doblez finísima y la crueldad refinada; por el empleo de todos los medios, aun los más reprobables, para conseguir todos los fines deseados; por la implacable ambición, por la crueldad refinadísima, identifícanse los fundadores de la monarquía moderna, Fernando V de Castilla, Luis XI de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Maximiliano de Austria, Juan el Terrible de Rusia, como si fueran facetas varias de un mismo y solo espíritu.

EMILIO CASTELAR

(Continuará)

SEMBLANZAS LITERARIAS CONTEMPORÁNEAS

ANTONIO DE TRUEBA (1)

A pesar del medio siglo, bien pasado, que lleva sobre sus hombros el popular cantor de las tradiciones y costumbres vascas, se produce y conduce como un joven de veinte abriles. Aun se retira á dormir hacia la media noche; aun tiene alientos para subir á pie á las más altas montañas de Vizcaya; aun le place asistir como comensal á los banquetes de inauguraciones industriales ó de las alegres festivales de los pueblos.

El que quisiera verle en Bilbao cuando el cielo está límpido y trasparente, se afanaría en vano buscándole en los bulliciosos cafés ni en las sociedades de recreo, por donde pasa como sobre ascuas para saborear todo lo más una taza de cargado *moka*, en cuyo fondo busca frecuentemente la musa de su inspiración. Por los tortuosos caminos vecinales; por los verdes campos de Deusto, de Begoña ó de Abando, es por donde se le puede percibir, allá á lo lejos, solo casi siempre, con su medio puro en la boca, atravesando á paso largo y tendido, las encrucijadas de los caminos, los puentes rústicos ó las verdes heredades que circundan los caseríos, cuya apacible tranquilidad bucólica ha sabido aprovechar con tan buen éxito en sus sencillas descripciones populares.

Trueba gusta del campo y de las flores, y á semejanza de Atila, que rehusaba entrar en Roma por no ahogarse en la gran ciudad, acecha con ahinco los escasos momentos en que la atmósfera de *nimbus* que cubre á Bilbao la mayor parte del año deja pasar los vivificadores rayos de Febo, para lanzarse á respirar al campo libre, donde nació,

(1) Este bosquejo obtuvo el primer premio, palma de oro, en el certamen internacional celebrado por l'Académie Mont-Real de Toulouse.

y donde su cerebro funciona con más lucidez en el seno de la virgen naturaleza, impregnada de oxígeno, de claridad y de armonías.

Don Antonio siente más de lo que expresa y por esto mismo no es orador, según se puede apreciar al cuarto de hora de tratarle y según él mismo no deja de hacer notar con toda ingenuidad.

Como decía Renán de la imaginación de Víctor Hugo, pudiera repetir parodiando al profeta bíblico: «a-a-a, Señor, no sé ha--blar.»

Pero sabe escribir, con estilo ameno, claro y sentimental, semejando á un apacible arroyo deslizándose entre pulidos guijos y verdosos juncos, con esa «difícil facilidad» que aconsejaban nuestros buenos retóricos, y que siendo tantos los que la intentan son tan pocos los que la consiguen.

Algunos pesimistas han criticado esta forma popular y sencilla, calificándola de pueril; pero si como dice un crítico moderno, la primera cualidad de los buenos cuentos es que agraden igualmente á los niños y á los adultos, bien puede decirse que las narraciones de Trueba participan de este doble carácter y por consiguiente que su aspecto sencillo no es obstáculo para su fondo intencionado y trascendental, de mérito universalmente reconocido.

Don Antonio de Trueba lleva escritas cerca de treinta obras, entre novelas, cuentos, poesías, folletos históricos, etc., algunas de las cuales fueron traducidas á todos los idiomas cultos de Europa. Entre las novelas sobresalen *El Cid campeador* y *Las hijas del Cid*, impregnadas del carácter y sabor de la época á que hacen referencia, y *El gabán y la chaqueta*, que se ha hecho muy popular y que siendo tan realista como las obras de Zola, no ofende en nada á la más escrupulosa moral. Son conocidos de todos, *Capítulo de un libro*, *Cuentos populares*, *El libro de las montañas*, *El libro de los cantares*, etc., y puede asegurarse que no hay en España señorita medianamente educada, ni estudiante de derecho ó de filosofía y letras, que no conozca siquiera dos ó tres obras de tan popular autor. No es aventurado suponer, que si las mujeres tuviesen voto en España, Trueba y Campoamor — otro poeta de damas — saldrían siempre diputados por *acumulación*.

El año 1867, con motivo de la Exposición universal de París, habiendo pedido datos sobre la organización social de Vizcaya el Sr. Conde de Moriana, con el fin de darlos á conocer al jurado correspondiente, don Antonio de Trueba fué encargado por el Señorío de Vizcaya de redactar una luminosa memoria sobre el particular, que ampliamente discutida en la *Sociedad de economía social* de París, fué publicada más tarde (1870) por acuerdo de la Diputación general, coronando de gloria en el extranjero á su distinguido autor.

Trueba es además de Cronista y Archivero de Vizcaya, individuo correspondiente de la Academia de la Historia, corresponsal de la de Ciencias de Lisboa y Presidente

honorario de la importante Sociedad vascongada en Montevideo *Laurabat*.

El título de miembro de una Academia de Ciencias, no deja de extrañarle á él mismo, que nunca se ocupó en medir triángulos, ni sabría decir cuántos satélites tiene Urano ó Neptuno; pero á pesar de todo don Antonio sabe más de lo que parece en ciertas materias. Yo me quedé admirado cierto día en que empezó á explicarme con gran claridad y conocimiento de causa, los medios de analizar la potabilidad de las aguas, sobre lo cual tiene datos curiosísimos conociendo á ciencia cierta y por experiencia propia, la calidad de todas las corrientes fluviales, manantiales y fuentes de Bilbao, sus alrededores y aun de otros pueblos lejanos. Hace varios años, estando en Zaragoza, se le ocurrió analizar el agua del Ebro y como dijese delante de algunos palurdos;

— Esta es una agua pésima que no sirve para beber ni para cocer legumbres.

La gente inculta se alborotó y á punto estuvo que le arrancasen una costilla, por aquel escarnio cruel del *rio sagrado* para los aragoneses. — Sabido es que la *Pilarica* y el Ebro, son las primordiales divinidades de Aragón, salvo para las personas ilustradas y de buen sentido.

Trueba es más respetado fuera de su país que en la misma Vizcaya donde vive y donde nació. Baste decir que habiendo colocado en un Centro directivo á cierto modesto empleado hace más de 10 años, á pesar de las turbulencias políticas que se sucedieron, subida y caída de ministerios y gobiernos, el tal funcionario sigue en su puesto, merced á la palabra *Trueba* que figura en el libro de personal en la casilla de recomendaciones. Este dato que en otro país resultaría baladí, es en España digno de parar la atención dada la fragilidad administrativa que sigue el compás de la marcha política.

Verdad es que Trueba no se mezcla en esta última, y esta es sin duda la principal razón de que se le respete. Sus aficiones son monárquicas y aun pudiéramos añadir Isabelinas; pero no se entromete jamás en las luchas ni rencillas de la política activa.

Es católico viejo por tradición y por sentimiento — por más que se le haya acusado de *neo-católico*. — En esta tormentosa época de los sistemas filosóficos y sociales, cuando el positivismo inglés y francés de Spencer, Darwin, Bernard y Renán, va invadiéndolo todo, desde la religión hasta las bellas artes, Trueba se refugia y escuda bajo la venda de la fe; no quiere oír ni disputar sobre los problemas trascendentales y mientras contempla á la generación nueva que le rodea, marchar á posar su planta en el terreno del escepticismo ó de la impiedad, él resistiendo impávido los embates del huracán, lanza á la publicidad su *profesión de fe* basada en las doctrinas de sus mayores, dentro de las cuales ha vivido feliz y piensa morir tranquilo.

En la aldea de su nacimiento — Montellano de Galdames — próxima á la provincia de Santander, aunque territorio de Vizcaya no se habla el vascuence desde hace más de un siglo, así es que la primera dificultad que tuvo para desarrollar sus aficiones históricas y tradicionales de Vizcaya, fué el ignorar la lengua matriz de su querida Euscara. En poco tiempo venció este poderoso obstáculo y hoy puede considerarse como una de las autoridades, en materia de etimologías éuscas.

Casi sin darse cuenta de ello — como él refiere — aprendió también á leer y traducir el francés, italiano, portugués, y en general todos los idiomas de origen latino. Y esto resulta tanto más meritorio, cuanto que la mayor parte de las horas del día las dedicaba forzosamente á trabajos de índole más material que le proporcionaba el cotidiano sustento para sí y para sus progenitores. Por eso es frecuente oírle repetir con franca sinceridad:

— Yo no he tenido tiempo para estudiar ni dinero para comprar libros; lo poco que sé, lo debo á mil sacrificios de mi juventud.

Como todos los grandes hombres tienen sus excentricidades según vengo creyendo desde hace tiempo, Trueba que además de ser un hombre *grande*, es también una celebridad literaria, tiene á su vez algunas dignas de parar la atención. Por evitar sin duda los tropiezos con transeuntes ó importunos que le detengan, prefiere ir casi siempre por el medio de la vía pública en lugar de servirse de las aceras. Verdad es que esto no podría hacerlo en Madrid y demás poblaciones donde el paso de carruajes



SAN FRANCISCO DE ASSIS, estatua de F. Morales González, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Granada.

es frecuente; pero es lo cierto que en Bilbao no hay temor á ese peligro remoto de un atropello y él se aprovecha de esta deficiencia de locomoción á su favor. Clama contra los toros porque no le agrada el espectáculo de la sangre, y en cambio trata de demostrar la inocencia de la *nicotina* por la sencilla razón de que le gusta el cigarro.

Otro dato curioso que pudiera pasar también por excentricidad. No tiene en su casa sus propias obras, hasta el punto de no serle fácil recordar cuántas y cuáles lleva publicadas, llegando al extremo de verse en la precisión de comprar en las librerías algún ejemplar de sus populares cuentos, para cumplir con el compromiso de regalarlo á tal ó cual persona que le había puesto en aquel duro trance, sin poder sospechar que un autor literario no fuese archivero de sus propias producciones, y mucho más, cuanto que se trata de un cronista y archivero provincial, que debe tener condiciones adaptadas para la conservación y clasificación de libros.

Las veleidosas imposiciones de la moda no entran en él, que sigue el precepto práctico popularizado por Góngora:

«Ande yo caliente»
y riase la gente.

Todavía usa grandes zapatones ó botas de campana de tres suelas, de esas que según el dicho vulgar *cantan* hasta caerse de viejas, así es que los vecinos conocen fácilmente en las avanzadas horas de la noche, cuando entra don Antonio en su habitación ó gabinete, de un modo análogo que se conocía á D. Pedro I (el Cruel) por el ruido de sus choquezuellas en las oscuras calles de Sevilla.

En la actualidad, Trueba vive feliz, en compañía de su hija única, esperando tranquilo á que la *Parca Atropos* se acuerde de cortar el hilo de su existencia, hilo que á juzgar por la fortaleza que demuestra debió ser confeccionado con blanca lana por el *huso* maestro de Lachesis en las profundidades del Tártaro.

Después que muera — como sucede siempre en España — es cuando diremos que se ha perdido una gloria patria.

OCTAVIO LOÍS

FANTASÍAS CONTEMPORÁNEAS

Cuando oigo hablar en son de mofa de las costumbres, usos y vestidos de nuestros abuelos, admiro la inocencia de los parlantes.

En literatura y en artes se ha iniciado hace algún tiempo la monomanía de resucitar hombres y cosas de los siglos pasados.

Pero nó documentos históricos importantes para el estudio y esclarecimiento de páginas oscuras ó mal interpretadas; nó para desvanecer errores en asuntos trascendentales en ciencias, letras ó artes.

Solamente para describir trajes y costumbres groseras de ayer.

Trabajo inapreciable para los sastres, modistas y *modistos*, que ya los hay, según parece.

Viendo y leyendo algunos de esos trabajos forzados, que consisten en desempolvar libros y legajos, y en verterlos del castellano correcto al castellano contemporáneo, pienso en los juicios que mereceremos á la posteridad, aun cuando no sea más que examinados en la especialidad de trajes y costumbres.

No falta quien supone que hemos llegado á tal extremo en el progreso, que no hay más allá, ni puede haberle.

Como dicen los defensores en crudo, es decir, en ignorante, de la lengua castellana:

— Tiene la ventaja de que se habla como se escribe.

Y tan verdad es esto, que no habrá francés, ni alemán, ni inglés, ni chino que lo nieguen.

Lo que podrán añadir es que en todos los idiomas sucede otro tanto.

Por lo menos, confieso mi ignorancia declarando que no conozco lengua en la que se escriba por adorno media docena de consonantes inútiles, por palabra.

Negando que los extranjeros sepan escribir, me preguntaba un chico filólogo tartamudo, que vomita palabras gota á gota:

— ¿Por qué no hablan claro los protestantes?

— ¿Cómo los protestantes? — le in terrogué.

— Los ingleses, — rectificó.

— Hombre, con perdón de V., hablan claro en inglés.

Pues de nuestros vestidos y de nuestras costumbres opinan algunos que han de servir para enseñanza de nuestros descendientes, hasta los

siglos más remotos.

Y, examinándonos despacio, no les falta razón.

El vestido del hombre de cierta clase no puede ser más cómodo.

Diario: pantalón ceñido y de manga corta como traje de baile para señoras: cazadora ceñida y cortita, para mostrar al país parte de la fisonomía de la época; *botillos* puntiagudos y sin tacones; parece que llevamos los pies en cucuruchos para ofrecérselos á la novia.

Del sombrero de copa no hay para qué hablar.

Es el desván de la casa.

Considerándole así, llevaban en su fondo pañuelo de hierbas, caja con rapé, algunos papeles y otras frioleras los primeros señores que usaron el sombrero de copa alta.

Traje de media gala: levita, pantalón negro y sombrero de copa.

La levita, prenda que en los siglos futuros ha de servir de asunto para sinnúmero de caricaturas.

Con levita negra y pantalón negro y sombrero de copa, todos parecemos empleados en alguna empresa fúnebre.

Traje de gala: frac y sombrero de acordeón.

Las generaciones venideras meditarán concienzudamente el problema del frac: ¿es una levita mutilada, ó una chaqueta que se ha echado cola?

Visto por el frente, el caballero no se sabe si lleva chaqueta ó frac, si es un personaje vitalicio ó un camarero, por más que la mayoría tiene más de esto que de lo otro.

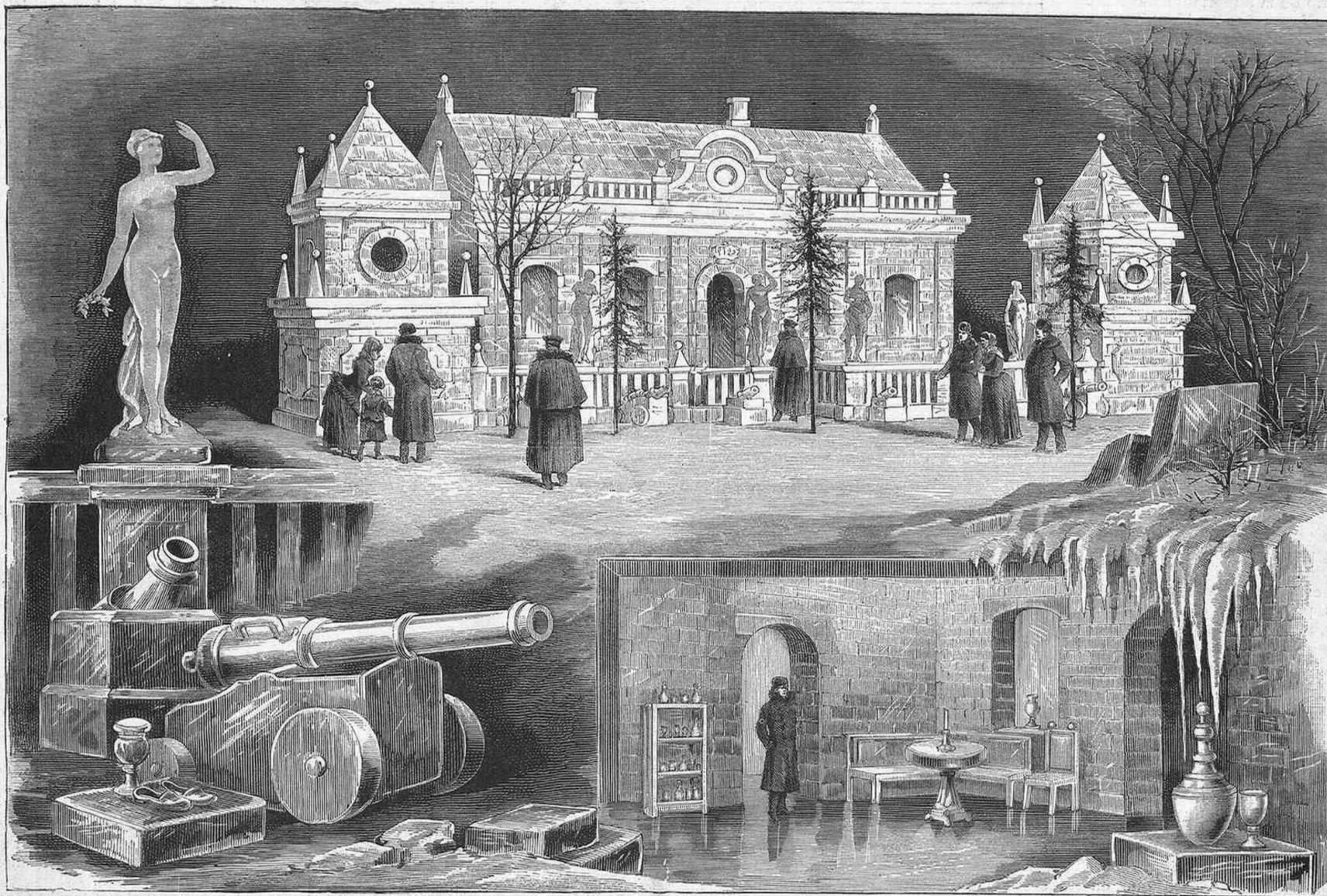
Asir por los faldones del frac á un sujeto, es como tomar un pájaro por la cola.

Pudiera enmendarse el refrán antiguo, diciendo: «Al buey por el asta y al caballero por el frac.»

Un pelotón de ciudadanos con frac es un montón de pájaros fritos.

¿Y el clak?

Cuantan que en París un embajador chino que nunca había estado en Europa, asistió á un baile en las Tullerías; y como viera que algunos caballeros plegaban el sombrero al entrar, preguntó al intérprete que le acompañaba:



EL PALACIO DE HIELO DEL AQUARIUM DE SAN PETERSBURGO, copia del de 1740

— ¿Esos son los músicos que van a tocar?
Las señoras cuidan más de sus vestidos.
Es verdad que usan fundas en lugar de faldas, y hombros insurrectos, como charreteras de veterano, y sombreros con almenas y pájaros de tamaño natural y hors d'œuvres.
Pero como ellas siempre están hermosas (las que lo son, por lo menos) lo mismo da que se vistan bien que se vistan mal.
Los trajes populares son más pintorescos.
Una chula con su bata ceñida, su mantón y su pañuelo en la cabeza, parece una alcuza estrenada ó nueva, según esté la bata.
Pero hay alcuzas muy apreciadas.
El traje de chulo es el modelo de la elegancia.
Esos pantalones tan ceñidos que solamente puede hacerlos tapicero; como que están rematados y aun se diría que claveteados en las piernas mismas.
Esas chaquetillas que no permiten al usufructuario los movimientos de que goza con libertad cualquiera persona.
Esos sombreros todos alas, esas capitas como del tamaño de las que ponen a los niños recién nacidos, para llevarlos a cristianar.
El conjunto de todas esas prendas constituye una figura que ha de dar qué reír a los siglos futuros.
¿Y esas gorritas francesas con mojiçón?
¿Y los ensayos de gorro frígido con pantalla ó con visera?
La verdad es que para los caricaturistas del porvenir dejamos un arsenal precioso de mamarrachos.
Respecto a costumbres no estamos peor.
En cuanto viene a España algún extranjero, y particularmente a Madrid, le enseñamos el cante flamenco y le sacamos ó le echamos a torear; si gusta.
Aquellas supersticiones antiguas desaparecen gradualmente.
En lo único que cree la muchedumbre, alguna vez, es en apóstoles de chaquetón, en oradores de cualquier clase y en matadores de toros.
Pero, como me aseguraba mi portero, que es jubilado de guardia de seguridad y recreo:
— Hoy hemos ganado mucha autonomía.
— Nos sentamos en la calle, en estación calurosa, ó, mejor dicho: se sientan, y nos cosemos a puñalás.
Pero por lo demás...
¡Buena diferencia va de los tiempos de Pepe Hillo y Pepe Botella a los de Guerrita!

EDUARDO DE PALACIO

RECREACIONES CIENTÍFICAS

LA PERINOLA DE INDUCCIÓN (DE M. G. MANET)

Las corrientes de inducción desarrolladas en las masas metálicas en movimiento, en campos magnéticos, se han evidenciado perfectamente por las pruebas clásicas practicadas con el disco de Foucault: se hizo uso de ellas para el amortiguamiento de los aparatos de medir y para otros experimentos científicos.

El disco de Foucault, no obstante, es bastante costoso y complicado, y por eso creemos útil indicar a nuestros lectores un aparato incomparablemente más sencillo, que es el representado aquí. Este aparato nos demuestra de una manera agradable la existencia de esas corrientes de inducción, que se manifiestan por repulsiones mecánicas, paradójicas a primera vista, pero de una explicación relativamente fácil.

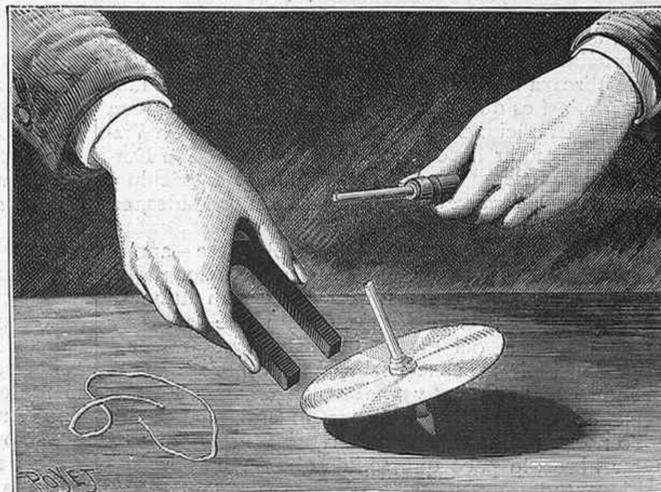
Este pequeño objeto construido por M. G. Manet, fabricante de aparatos eléctricos de demostración, se compone de un disco de hoja de hierro montado en un eje y que se hace girar con rapidez por medio de un bramante, como se practica con la clásica perinola. Durante el reposo, el disco de hierro es atraído por un imán en forma de herradura, que se presenta en un punto cualquiera de la superficie; pero cuando el disco gira rápidamente, si se acerca un polo cualquiera del imán, ó los dos a la vez, junto a la superficie, produce al punto una repulsión, y la perinola se inclina al instante, conservando la misma posición mientras que la celeridad es suficiente. Cuando esta última no alcanza cierto valor, que depende del espesor del disco, del imán, de su distancia, de su posición etc., la repulsión cesa, y entonces el disco es atraído y se une con el imán, recobrando así las propiedades magnéticas del hierro dulce. La explicación de este fenómeno es de las más sencillas: cuando se acerca el imán al disco en movimiento, este último girando con gran rapidez en el campo magnético producido por el imán, es centro de corrientes de inducción, tanto más intensas cuanto mayor es la velocidad rotatoria. Aquí se ejerce, pues, una acción mecánica entre el disco, asiento de las corrientes inducidas por la rotación, y el imán, origen del campo magnético. El equilibrio del disco no puede producirse a cada instante, á no ser que la atracción magnética sea precisamente igual a la repulsión que resulta del imán sobre las corrientes inducidas en el disco; y co-

mo esta repulsión prepondera mientras que aquél tenga bastante celeridad, nada más natural que este hecho paradójico al parecer, de un disco de hierro dulce rechazado por un imán. Cuando la rapidez deja de ser suficiente, la atracción predomina de nuevo y el disco es atraído otra vez. Si se presenta el imán no ya sobre una de las caras de aquél, sino por el borde, y en su plano mismo, las acciones de repulsión no se producen y obsérvase entonces una atracción, como si el disco estuviera en reposo.

Este experimento confirma la explicación anterior, porque en este caso las corrientes de inducción no pueden producirse, puesto que el disco se mueve en el plano mismo de las líneas de fuerza del campo formado por el imán.

Se puede afirmar *a priori* que la repulsión sería aún más enérgica si se sustituyera el disco de hierro con uno de cobre; pero la experiencia no sería entonces tan curiosa, porque la aparente paradoja dejaría de existir.

Como quiera que sea, el pequeño disco de inducción imaginado por M. Manet constituye un pequeño aparato



Perinola de inducción de M. G. Manet. — Movimiento de repulsión ejercido por el imán en un disco de hierro en rotación

demonstrativo tan sencillo como elegante, que tiene su lugar señalado en todas las colecciones de enseñanza elemental.

Tomado del periódico: *La Nature*.